

NOTICIAS DE LIBROS

INSTITUT POLONAIS DES AFFAIRES INTERNATIONALES DE VARSOVIE (Ed.): *Annuaire polonais des affaires internationales 1963*. Varsovia, 1963, 293 págs.

Es el cuarto volumen de los «anuarios polacos de asuntos internacionales» publicados hasta ahora para los «amigos que no conocen el polaco». En el campo internacional, bien es sabido que hasta hace poco dominaban los soviets. Sin embargo, en los últimos años vienen publicándose, cada vez más, libros y revistas, o anuarios, por diferentes centros «científico-políticos» de los países acaudillados por Moscú, cuyo propósito es, sin duda alguna, manifestar que los países «socialistas» son entre sí independientes. Veamos los principios que dirigen o en que se inspira, por ejemplo, la política exterior de la Polonia comunista.

En primer lugar, se publica, en extracto el discurso pronunciado por el primer secretario del C. C. del Partido Obrero Unido (= comunista) de Polonia, Wladyslaw Gomulka, en su XIII sesión plenaria, de 4 de julio de 1963, sobre los problemas internacionales vistos desde los horizontes del futuro «paraíso» comunista. Un tal Artur Bodnar aborda la cuestión del desarrollo socialista a largo plazo (planificación y experiencia, previsión de los planes, factores de crecimiento). Las perspectivas de desarrollo económico de los países socialistas serían, a la vez, optimistas y realistas.

Ludwik Gelberg «examina» la crisis cubana a la luz del D. I. contemporáneo. Como es «natural», el mérito «histórico» de la solución aportada a esta crisis corresponde al gobierno de la Unión Soviética, especialmente a su jefe Nikita Jruschov...». Sorprende esta afirmación, ya que un año después, la Polonia comunista no sabrá

si ser projruschovista o más bien prostalinista. En realidad, el régimen de Gomulka no quiere ser ni stalinista ni jruschovista. En todo caso es un orden político y social antidemocrático. Por otra parte, interesa de un modo especial la exposición aportada por Adam Kruczkowski relativa a los «lazos económicos de los Estados socialistas con los países en vía de desarrollo». Trabajo puramente propagandístico, porque las cifras están en favor del Occidente y en contra del Este.

«El polaco de hoy día vive bajo la amenaza del destino», podríamos caracterizar el siguiente estudio, a cargo de Kazimierz Libera, porque versa sobre «el reconocimiento internacional de la soberanía de Polonia sobre sus territorios occidentales», es decir, arrebatados a Alemania en 1944-45. Resulta que el polaco medio no se acuesta ni se despierta sin hacer a su vecino y a sí mismo la pregunta si esté todavía o no en «Polonia». Desde luego, el régimen actual no consiguió, hasta ahora, dar a sus súbditos una respuesta clara, a pesar de que la Alemania de Ulbricht, de Pankov, vaya respaldando las reivindicaciones de Varsovia, ello, sólo, en virtud del «internacionalismo proletario», o mejor dicho, en virtud de la presencia de unos 250.000 hombres del ejército soviético en la Alemania Central... Se trata de una tragedia histórica en que tanto los polacos como los alemanes habían intervenido sólo parcialmente..., dejándose arrastrar, el uno y el otro, por las corrientes que, en realidad, eran de origen francés, sembrando confusión, en la Europa Central, desde la Revolución francesa has-

ra: la primera guerra mundial, principalmente.

Ahora bien, como la segunda guerra mundial era la continuación de la primera, y el orden político creado en Versalles, Saint-Germain, etc., será la continuidad de lo anterior, restablecido sobre todo debido a la insistencia del aliado soviético-staliniano, es lógico que desde 1945 algunos países, o mejor dicho «Estados» (actualmente «socialistas») reclamasen derechos con que, en un principio, no habían contado, en absoluto. La Unión Soviética, de acuerdo con los aliados occidentales durante el último conflicto universal, arrebató a la Polonia de 1918 a 1939 un inmenso territorio desde Lituania hasta la Eslovaquia Oriental y la llamada Ucrania Subcarpática y Rumania, que normalmente debió haber sido sometido a un arbitraje internacional, so pretexto de «contribuir (más que los aliados occidentales) a la victoria sobre el nazismo y fascismo». Es una fórmula demasiado general, que al Occidente, y sobre todo a la Alemania sucumbida, costara sacrificios que, probablemente, no serán reparados, por lo menos, durante un siglo... Lo cierto es que las nuevas fronteras germanopolacas están en litigio.

Tadeusz Lychowski se refiere a los problemas concernientes a los intercambios comerciales entre los países con diferentes sistemas políticos y sociales. Es uno de los más agudos problemas de la política internacional del bloque soviético. Es

un campo que, propagandísticamente, ofrece, frente al Occidente, ciertas ventajas, al menos teóricamente. Una constante de la política exterior polaca en los últimos años ha sido la idea de zonas desnuclearizadas en Europa y otras partes del mundo. Interesa, por consiguiente, la exposición de Andrzej Skowroński, por cierto, lo suficientemente amplia para que el lector pueda hacerse una idea sobre esta cuestión, tal como la plantean los comunistas polacos.

Finalmente, Stefania Stanisławska versa sobre los proyectos de una confederación polaco-checo-eslovaca, durante la segunda guerra mundial en Londres. Trabajo superficial, hasta el punto de hablar de una «carta de Raczyński al presidente Masaryk, del 20 de marzo de 1943...», cuando T. G. Masaryk había muerto seis años antes. El hijo del mismo, Ján Masaryk, nunca ha sido presidente de Checo-Eslovaquia. Sí, lo que interesa es el fondo de estos proyectos para después de la segunda guerra mundial.

Las dos últimas partes del Anuario recogen «Bibliografías crítica y sistemática» relativas a diferentes aspectos histórico-políticos de la existencia polaca, especialmente durante los últimos veinticinco años. A continuación, el lector puede servirse de una cronología de las relaciones internacionales de Polonia en 1962.

S. G.

KLEIMAN, ROBERT: *Crise atlantique*. París, Editions de Trévisé, 1964, 198 págs.

Desde el final de la segunda conflagración mundial, pocas «bombas diplomáticas» han producido tanta «sorpresa», provocado tanta «consternación» y originado «estragos» tan grandes como la conferencia de Prensa del general De Gaulle en enero de 1963, en la cual vetaba la entrada de la Gran Bretaña en la Comunidad Económica Europea.

Pues bien; ese hecho tenía unas derivaciones de tal envergadura, para todo el mundo occidental, que bien justifica su cuidadoso análisis. En esta trayectoria he-

mos de insertar el estudio de Robert Kleiman, que aquí reseñamos.

* * *

En las catorce páginas del primer capítulo del libro de Kleiman, se explican las razones del veto francés al Reino Unido, a base de la exégesis de la dialéctica gaulista (desde la notable inteligencia y el profundo conocimiento de la Historia del general-presidente hasta su deseo de llevar a cabo «grandes empresas»).

A continuación, bajo el título *De Gaulle y Kennedy*, se relata el beneficioso encuentro entre esos dos personajes, en París, en junio de 1961. En este apartado, nos damos cuenta del respeto que el presidente galo sentía por «la inteligencia y el valor» del joven presidente estadounidense. Pero nos damos cuenta también de que el surgimiento de una atmósfera de crisis en los asuntos alemanes iba a producir resultados distintos a los que cabía esperar del inicial ambiente. Las circunstancias cambiaban a tono con las posiciones—bien diferentes—entre el Gobierno de Washington y el Gobierno de París (con aspectos como el odio de De Gaulle al teléfono o la intransigencia de Kennedy, frente a la ductilidad de Eisenhower—registrándose la política de éste de concesión tras concesión al prestigio del presidente francés—).

Siendo el acuerdo de Nassau, sobre los *polaris*, entre Kennedy y Macmillan el hecho que consumaba la ruptura de la buena inteligencia entre París y Washington (p. 54), lógico es que un capítulo se consagra al significado del *ambiente Nassau*. Asistimos a una perspectiva de los elementos del asunto del *Skybolt* y al diálogo entre el presidente norteamericano y el primer ministro británico en Nassau, donde—con la ayuda de un personal que no estaba a la altura de la tarea—se entregaban a la empresa de resolver en cuarenta y ocho horas un conjunto de problemas que durante más de cuatro años habían tenido en la incertidumbre a Washington y a la Alianza Atlántica. A la par, observaremos las preocupaciones únicamente nacionalistas de Macmillan, y los objetivos de Kennedy encaminados a conducir a De Gaulle a negociaciones prolongadas sobre las materias implicadas en la reunión anglo-estadounidense. Pero he aquí que, con tal reunión, cambiaba el tono del general presidente. Kleiman explica las facetas de tal cuestión.

Ahora bien; frente al mito, o al tópico, Kleiman nos hace ver que no fue Nassau lo que decidió a De Gaulle a oponerse a la entrada de Inglaterra en el Mercado Común. Unas semanas antes, numerosos factores le habían llevado a la conclusión de que debía poner fin a las negociaciones de Bruselas. En un capítulo rotulado

De Gaulle e Inglaterra, el autor se remonta al año 1960 para indicar cómo el general De Gaulle no era contrario en principio al ingreso del Reino Unido en la C. E. E., cómo las primeras dificultades aparecían en la primavera de 1962 y cómo en diciembre de ese mismo año el entusiasmo de los cinco socios de Francia en el M. C. y de la Comisión, ante la entrada de la Gran Bretaña en la C. E. E., había dado paso a un considerable desencanto. Razón de esto último: la táctica dilatoria inglesa en las negociaciones y la insistencia de Londres para obtener arreglos *especiales*. Desde luego, el lector es espectador, asimismo, del dramático diálogo entre Macmillan y De Gaulle en Rambouillet en diciembre de 1962 (vid. capítulo anterior).

Y, en todo este asunto, conviene recoger una observación de Kleiman: la rapidez con que se evaporaba la cólera de los cinco países de la *pequeña Europa* al reaccionar contra el veto francés. Nada más significativo...

Nada mejor, por tanto, que proceder a un balance de los *errores de Inglaterra*. En el capítulo dedicado a este extremo, se procede a una valoración de «la resistencia de Londres a la unión de Europa». Aquí se nos habla de la A. E. L. C., del miedo histórico de la Gran Bretaña a un Continente europeo organizado, de la «táctica del centímetro» y de las «largas, largas, tan largas, tan largas conversaciones de Bruselas». También se alude a las restricciones impuestas por Londres al hábil negociador inglés—Heath—, con una Commonwealth dividida, un país dividido, un Partido dividido y un Gabinete dividido...

En conclusión, justo es decir, con Kleiman, que en el fracaso británico ante la C. E. E. «la responsabilidad de Inglaterra no ha sido inferior a la de De Gaulle».

Y aún hay otra particularidad: de todos los factores que incitaron a De Gaulle a poner su veto a la entrada del Reino Unido en el M. C., ninguno fué más esencial que el hecho de que ni la Gran Bretaña ni los U. S. A. trataron seriamente de entablar negociaciones con Francia sobre el futuro de Europa y del mundo atlántico. De qué manera los ingleses preferían

negociar con los «otros», oponiéndolos a París, lo describe este estudio en el apartado referente a las llamadas *cuestiones críticas: agricultura y Unión política*.

Ahora bien; si el autor comentado no es blando a la hora de enjuiciar la política dilatoria de Londres y la incapacidad británica para elegir entre dos tendencias opuestas, no esconde los errores de apreciación de Washington, su incompreensión ante el profundo cambio experimentado en Europa en los últimos tiempos (con el nuevo equilibrio de potencia producido en el Occidente). Por ejemplo, desconociendo la circunstancia de que *la Europa de los Seis no hace negocios, sino política*. Con lo que esa naturaleza esencialmente polí-

tica de la unión de Europa exige una respuesta *política* por parte de los Estados Unidos.

Tal respuesta política reclama la transformación de mitos atlánticos pasados de moda. Esa indubitada evidencia impele a una *política de asociación atlántica*. Ese es el objeto del capítulo final, el más extenso de todos. Con toda justificación, pues en él se presenta una *política de futuro*. ¿Motivo? El *desafío* del Oriente —sea ruso, chino o chino-soviético— va a continuar. Y, para hacerle frente, y para que haya paz estable, no cabe más que la unidad del Occidente...

L. R. G.

FITZSIMONS, M. A.: *Empire by Treaty*, University of Notre Dame Press, 1964, 235 págs.

Como indica el subtítulo de la obra, «Gran Bretaña y el Oriente Medio en el siglo XX», el autor pasa revista a la política británica desplegada en esa área neurálgica. Mediante tratados procuró obtener, especialmente de los dirigentes árabes, las concesiones y bases que Gran Bretaña consideraba esenciales para la protección de sus intereses y el mantenimiento del orden. Desde la segunda guerra mundial, esta política cayó en desuso y, a partir de 1958, una Inglaterra en transformación se ha visto forzada a tratar con un nuevo Oriente Medio en términos también nuevos.

El volumen comienza tratando un panorama del Oriente Medio en los años entre las dos grandes guerras, cuando la Gran Bretaña ejercía una preponderante influencia allí. La política británica ayudaba a crear Estados a los cuales proporcionaba tutores políticos, militares y administrativos. Esto significaba, en general, que la influencia británica estaba suficientemente consolidada como para obtener de los dirigentes árabes las concesiones esenciales para un orden británico. Esas concesiones implicaban una relación tutelar entre la Gran Bretaña y los Estados árabes, lo que iba dando origen a la sospecha, el rencor y la frustración. Cuando el poder británico declinó tras la segunda guerra mundial, la Gran Bretaña pensó

renovar las viejas disposiciones, pero el Imperio significaba consentimiento y poder. Y cuando accedía a las demandas de independencia de la India, un bastión de la posición británica en el Oriente Medio, alentaba una mentalidad de oposición, ya formidable. La Unión Soviética, proclamando su hostilidad al imperialismo, estimulaba a los nacionalismos árabes. Las ambiciones soviéticas unieron a la Gran Bretaña y a los Estados Unidos en una alianza que a veces fracasó en coordinar sus políticas en el Oriente Medio, porque sus intereses no coincidían.

El examen de los intereses británicos constituye un capítulo muy interesante. En otros se analizan, sucesivamente, las consecuencias de la Declaración Balfour, los acontecimientos ocurridos en el Oriente Medio durante la segunda guerra mundial, la partición de Palestina, creación de los Estados de Israel y Jordania y tratado con el Iraq (enero 1948). Especial atención dedica a los acontecimientos del Irán, que desembocaron en la nacionalización de la industria del petróleo, y a los de Egipto, que motivaron, 1947, la queja de Al Nokrashy a la O.N.U. contra la presencia británica, así como los que promovieron la proclamación de la República egipcia. Otros capítulos tratan del génesis y vicisitudes del Pacto de Bagdad y los quince meses transcurridos desde di-

cho acontecimiento hasta la nacionalización de la Compañía del Canal de Suez por Nasser, nacionalización del Canal y hostilidades anglo-francesas contra Egipto, revolución iraquí y panorama actual del Oriente Medio.

Se trata de una obra sumamente interesante, que condensa hechos importantes de forma sencilla y correcta.

J. C. A.

BOYD, ANDREW: *An Atlas of World Affairs*. University Paperbacks. Methuen Co. London, 1964, 160 págs.

Es evidente que en la rapidez de los cambios de la vida intelectual contemporánea, una de las necesidades más constantes, y a veces más difíciles, consiste en estar completamente al día respecto a los cambios de los mapas. No sólo respecto a los Estados y sus fronteras, sino en los sectores de entrecruces de problemas de pueblos, razas, religiones e idiomas, tanto con sus conflictos latentes como con sus realizaciones positivas. Desde después de la segunda guerra mundial y durante nuestras actuales generaciones, hemos visto surgir una nueva nación cada seis meses, por término medio. Algunas de las viejas naciones se han visto obligadas a forjar nuevos nexos para sus relaciones exteriores, mientras que otras han sido deshechas o desmembradas. En muchos sitios las poblaciones crecientes se aprietan sobre límites estrechos. Las nuevas técnicas conquistan nuevos espacios hacia los polos y dentro de los desiertos. A la vez cambian las condiciones físicas naturales.

El manual de Andrew Boyd, presentado como un atlas de los asuntos mundiales, llena cumplidamente las necesidades de información sobre los principales cambios mundiales hasta fines del año 1963; pero sirve también para lo esencial posterior

de 1964. Consta de 70 mapas acompañados por otros tantos resúmenes de datos y fechas. Los primeros atienden a los repartos mundiales de habitantes, petróleo, «minerales claves», geografía atómica, zonas del dólar, la libra y el rublo; Naciones Unidas, bloques ideológicos mundiales, situación de las independencias y las dependencias, «afroasiaticismo», países subdesarrollados, puntos de Sputniks y cohetes, etc. Luego, entre los mapas por grupos de países, los de la Europa dividida, ganancias territoriales, Alianza atlántica, países no-comprometidos, aguas disputadas, nueva Africa, Oriente Medio, pleitos de Asia Sudeste, y continentes americanos. Además, los enlaces alrededor del Artico, y las rivalidades en el Atlántico.

Aparte del interés que el referido manual de Andrew Boyd ofrece por sí mismo, ha de tenerse en cuenta que es en cierto modo el punto actual donde desembocan los estudios de otros volúmenes anteriores en la misma colección. Así las referentes a partidos políticos, instituciones internacionales, ideas en litigio, pensamientos políticos occidentales, historia económica de Europa, etc., etc.

R. G. B.

PIERSON-MATHY, P.: *La politique raciale de la République d'Afrique du Sud*. Chronique de Politique Etrangère, XVIII, núms. 3 a 5, Bruselas, 1964, 660 págs.

Se trata de una obra dedicada al estudio del *apartheid*. Para esbozar el panorama se insertan, previamente al estudio del tema, dos capítulos de antecedentes.

El primero, titulado «Relaciones entre Africa del Sur y los territorios vecinos y repercusiones sobre la descolonización del Africa Austral», contiene un sucinto resumen

geográfico de la República Sudafricana y los territorios de la Alta Comisión (Basutoland, Swaziland, Bechuanaland), origen y administración del mandato del Sudoeste africano y acción de los Estados africanos y de la Organización de las Naciones Unidas respecto al mismo. Termina con una referencia a Mozambique y Rhodesia del Sur. El capítulo II estudia las características demográficas y raciales de la población: blanca (*afrikaners* y de origen británico), africana y minorías india y mestiza.

A través de las 147 páginas que integran el capítulo III, titulado «El *apartheid*», se examina la doctrina racial del Partido Nacionalista, origen del término *apartheid*, su definición política, contenido ideológico y tesis del desarrollo separado de entidades territoriales distintas. Expone también la aplicación práctica de las doctrinas: clasificación de la población por categorías raciales, el sector laboral, los salvoconductos, la educación de los africanos, los derechos políticos y la represión de la oposición extraparlamentaria. Termina el volumen con una colección de once documentos diversos.

Desgraciadamente, no se trata de una obra objetiva. La autora, desde la introducción, se muestra preocupada por «el peligro que para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales»—*slogan* repetido en todos los casos que molestan a los «anticolonialistas»—representa la política racial seguida por las autoridades de la República. Esta falta de objetividad

que demuestra la autora es la misma que priva en Organismos internacionales del más alto rango. Las propias Naciones Unidas consideran que el *apartheid* constituye una amenaza a la paz mundial, pero ignora, en cambio, las agresiones del Pathet Lao o las del Vietcong, que son peligros tangibles que pueden conducir a una guerra generalizada, o se encoge de hombros ante las amenazas indonesias de «aplastar Malasia» o la intromisión armada del Sudán y otros países vecinos en el Congo-Leopoldville con el sangriento cortejo de salvajes matanzas a que ha dado origen. Precisamente esos reiterados casos de fobia antiblanca justifican que las autoridades sudafricanas adopten las medidas necesarias para evitar que puedan repetirse en su país. El 4 de mayo de 1960, el ministro de Asuntos Exteriores sudafricano, Eric H. Louw, declaraba en Londres que la población blanca de su país «no estaba dispuesta a entregarse a una probable dictadura bantú». Lo cual es una postura lógica. El sectarismo de la autora ignora estos hechos como otros fundamentales, cuales son las ingentes inversiones en materia de enseñanza, sanidad, etc., de la población bantú, que dedican las autoridades de Pretoria. Los «oprimidos» africanos de la República disfrutaban de un nivel de vida incomparablemente superior a los «libres» ciudadanos de Ghana, por ejemplo, sometidos además a una auténtica opresión policíaca.

J. C. A.

Foot, SIR HUGH: *A Start in Freedom*. Hodder and Stoughton. London, 1964, 256 págs.

Sir Hugh Foot ha desempeñado durante treinta años una sucesión de puestos dentro del Servicio Colonial británico, y esto fué no sólo en los sitios, sino en los momentos en que el papel mundial de Inglaterra, y después el de su Commonwealth, experimentaban las más radicales transformaciones. Su libro *A Start in freedom*, no sólo tiene el interés documental de una serie de testimonios personales de quien ha tomado parte directa en una serie de episodios trascendentes en la historia de la política internacional, sino también el

interés de una continuidad en la ideología y la conducta. Es un libro que no sólo cuenta experiencias gubernativas, sino que expone una teoría sobre los temas de la descolonización y los sectores del «Tercer mundo», que proceden del sistema británico.

El libro de Sir Hugh Foot cuenta la vida profesional de su autor desde que desempeñó su primer puesto en el territorio del Mandato inglés en Palestina el mes de agosto de 1929, hasta que, después de haber sido el último gobernador y comandante

en jefe de Chipre, esta isla fué convertida en Estado independiente. En el intervalo de muchos años, y después de asistir a lo más revuelto de Palestina, fué secretario en jefe de Nigeria cuando ésta realizaba su avance constitucional, y capitán general de Jamaica. El año 1961, Sir Hugh Foot pasó a formar parte de la delegación británica en la O.N.U., donde llegó a destacar como uno de los principales consejeros sobre cuestiones de países nuevamente independizados. Luego fué designado por el Consejo de Tutelas para presidir la comisión que dictaminó sobre la Nueva Guinea australiana y Nauru. Fué miembro del Comité de los Cuatro para Rhodesia del Sur. Y ahora trabaja exclusivamente para las Naciones Unidas en calidad de consejero del «United Nations Special Fund», sobre todo en relación con los apoyos a las planificaciones de Estados y Gobiernos africanos.

El resultado general de la carrera, las experiencias, las realizaciones y las impresiones de Sir Hugh Foot, se traduce en una profunda convicción sobre la necesidad de acelerar e intensificar el papel de

las jóvenes naciones ex colonizadas, y en general de los pueblos aún subdesarrollados, dentro de la gestión y dirección de los asuntos mundiales. Ahora, laborando dentro de la O.N.U., él se muestra completamente convencido de que la O.N.U. (a pesar de sus imperfecciones) representa la mejor esperanza para conseguir un futuro tranquilizador. Dice que por lo menos, todos quienes trabajan para las Naciones Unidas, abandonan sus prejuicios nacionales y se ponen al servicio de la cooperación internacional. Dice que trabajan para que las fuerzas de las conciliaciones lleguen a ser más fuertes que las de los conflictos. Y afirma que no lo hacen por exceso de idealismo, sino por los efectos prácticos de sus labores cotidianas, que van consiguiendo efectos pacificadores constructivos en pequeña escala. La política internacional esencial sólo puede ser para Sir Hugh Foot aquella que extienda los métodos de trabajo interno de la O.N.U. a todas las manifestaciones de relación entre los pueblos.

R. G. B.

WIONCZEK, MIGUEL C.: *Latin american free trade association*. Internacional Conciliation, Carnegie Endowment for International Peace, Nueva York, 1965, 80 págs.

No hay duda que los movimientos de integración son ya, en algunas partes que nada tienen que ver y en nada se parecen a la Comunidad Económica Europea y a la Asociación Europea de Libre Comercio, algo más que una aspiración. Lo que se está haciendo—a veces parece que no va más allá del intento—por Hispanoamérica, es una buena demostración. La Asociación Latino Americana de Libre Comercio es incluso anterior, en cualquier caso como una aspiración, a otros movimientos que han encontrado un ambiente más favorable para su desarrollo. Algo de esto se puede advertir sin salir del propio hemisferio occidental. En la América Central sigue adelante con excelentes resultados ya y muy buenas perspectivas, el proyecto de formación de un mercado común económicamente integrado, algo que en escala mucho menor—y en

una fase muy distinta de desarrollo—se parece a lo que se aproxima para una porción del continente europeo a la fase definitiva y decisión de un proyecto extraordinario.

Las condiciones para la A. L. A. L. C. son desfavorables, por razones geográficas no menos que económicas. La geografía es causa de una enorme dispersión y de serias dificultades para las comunicaciones. Y en la mayoría de los casos, las economías respectivas descansan todavía, de una manera fundamental en la gran mayoría de los casos, en uno o dos productos—materias primas—de los que han de hacerse grandes exportaciones si se ha de tener la esperanza de mantener un nivel de vida razonablemente alto y en condiciones de seguir subiendo. Sólo por estos dos lados se ponen de manifiesto dificultades de tal naturaleza impresionantes que hacen di-

NOTICIAS DE LIBROS

ficil pensar cómo, mientras no se alcance un grado de desarrollo—con mucha industrialización—mucho más alto que el actual, puede el comercio entre los países que forman esta asociación aumentar lo suficiente para convertirla en algo con una verdadera eficacia.

La idea parece haber prendido y estar echando raíces. Acaso esto sea fundamental. Entre los años de 1959 y 1963, el comercio de los países que son ya miembros de la A. L. A. L. C.—Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Méjico, Paraguay, Perú y Uruguay—entre sí ha pasado de un valor de 685,7 millones de dólares a 950,7 millones, un aumento del 38,6 por 100. No cuesta trabajo pensar que si hubiese un número mayor de productos con los cuales comerciar, por el lado industrial sobre todo, y mejores y más

rápidas vías de comunicaciones, la situación hubiera sido mucho más favorable todavía.

En este caso por lo menos, todo hace pensar que de seguir adelante la idea de formación y desarrollo pleno de la A. L. A. L. C., su mayor impulso habrá de ser la consecuencia no menos que el estímulo del proceso de desarrollo económico que se halla en evidencia casi por todas partes, con frecuencia en forma altamente prometedora. Mientras tanto, los países de Hispanoamérica necesitan, sin duda, mirar atentamente hacia el exterior en busca de mercados para la colocación del petróleo y la carne, el café y el cobre, el azúcar y los plátanos.

J. M.